

Tatuajes, escrituras corporales y conflicto estético

(Publicado en Revista Actualidad Psicológica N° 264. Mayo 1999, Buenos Aires)

Anahí Almasia

“En una tarde calurosa de principios de setiembre me encontré por primera vez con el hombre ilustrado. Yo caminaba por una carretera asfaltada... yo no sabía entonces que era ilustrado...” (Ray, Bradbury, 1979)

Sol nació en Rosario hace quince años, casi inmediatamente toda la familia se mudó a Montevideo. Llegó al consultorio una tarde de invierno y se sentó como metida en su propio cuerpo, las cadenas cayendo en el tejido del diván, su rostro asomando entre el pelo. Vestía en ese momento unos pantalones ajustados negros, remendados en partes y con agujeros en otras. La mitad de la cabeza está afeitada, y algunos de los mechones muestran signos de haber sido verdes, ahora decoloridos. Ofrece el descuido como carta de presentación, las remeras estiradas, recortadas y deshilachadas, un piloto negro casi gris y el frío que no parece afectarle. Tan sólo el piloto y la remera, extrañamente algo más. Un calzado apropiado para la guerra, una guerra cotidiana, unos borceguíes que no recibieron betún luego de su fabricación y el barro pegado de siglos. En el rostro la juventud y la soledad, se le podría agregar el enigma por un espacio oculto, inabordable, como un secreto que era sólo vacío. A veces ella se sumerge allí, se entrega a los confines de los “subterráneos donde nada brilla” y pasea sola, ensimismada en la nada, oculta del mundo. Así, de este modo, transcurren sus sesiones, en ocasiones presente, relatando su historia, o parte de ella; y por momentos sólo ausencia.

Sol tiene varios tatuajes, algunos se pueden ver asomando entre la vestimenta; otros, están ocultos, invisibles a los ojos simples pero no a aquel que quisiera verlos, ya que Sol se prestaba con entusiasmo a la actividad de enseñarlos a quien lo deseara, un tanto halagada por la pasión mirona de los otros.

El terapeuta me refirió especialmente la autopercepción al mirarla, de cómo observaba los tatuajes. Me refiere cómo se pensaba a sí mismo en ese acto, un tanto intrigado, con una curiosidad infinita. Sol pertenecía a esas personas que contienen una belleza intrigante, oculta, que encontraba en el analista como en otros, a los espectadores de su obra pictórica. ¿Cómo hacer clínica teniendo enfrente a los riesgos de la fascinación ocultos tras los colores en el cabello, en la irregularidad de su corte, en los tatuajes y los mil aros que adornaban su cuerpo? ¿Se trata de una pasividad respecto de la actividad de sus manchas? “... Más que la forma a la que mancha, es el lunar el que me mira. Y es porque eso me mira que me atrae de manera tan paradójica...” (Lacan, 1963). Pero entonces, hablar de la angustia que provoca no es en vano.

Quizás sea el encuentro con la crudeza que plantea, con la carne pinchada, quemada, perforada. Y si el cuadro de esta adolescente termina de ser en el impacto que promueve en otro, incluída su angustia; esta misma configuración en el otro resulta un producto de sus formaciones sustitutivas. Si bien Sol distaba mucho de esos hombres tatuados en todo su cuerpo, contaba con cinco tatuajes en su panza, siete en sus brazos, uno en el cuero cabelludo (este sólo podía ser visto cuando tenía la nuca rapada), varios en las piernas. No había simetría entre los dibujos y el eje de su cuerpo.

Los motivos eran variados, flores, tribales, nombres, caricaturas.... quizás el más llamativo resultara uno que graficaba una tumbita, símbolo del entierro no realizado de su mascota, un pajarillo que convivió con ella en su habitación durante mucho tiempo. Sol solía tenerlo suelto y sólo de vez en cuando le cortaba las alas para que permaneciera en la habitación y la ventana dejara de ser una tentación irresistible. Su

idea no confirmada es que fue asesinado, que alguien lo mató para que no molestara y que luego fue tirado “como un desecho”. Entonces, esta adolescente convirtió el desecho en pintura, en una hermosa tumbita en su cuerpo, llena de flores y con el nombre de su pajarillo: Salvador. La muerte hecha arte. Un entierro hecho carne. Muestra un cementerio particular enclavado en la piel. ¿Carne muerta encapsulada en la carne viva? Un pedazo de su cuerpo habitado por otro. Creo que tan sólo se trata de una repetición de algo ya sucedido, Sol habitada por el espacio psíquico ajeno no vivo, no sentido como vital, de otros.

Del mismo modo, hizo de su cuerpo el lugar de perdurabilidad de Salvador, resultando de este modo una compañía permanente, casi piel con piel, de aquel que no está más. Una forma interesante de resolver el dolor, hacer de la piel mucosa. Hacerlo formar parte de su propio cuerpo, porque nunca más su cuerpo será el mismo que antes del tatuaje, ella ahora porta para siempre el nombre de un animal, marcado a pinchazos indelebles en su cuerpo.

Así, nos hace acordar a ciertas observaciones de los antropólogos respecto de las culturas con prácticas tatuadoras y su mensaje hacia el reino de los muertos. Problemática que comentaremos más adelante.

Sol vivía de noche, el día era una garantía de que las sombras no aparecieran, pero de noche...prefería quedar despierta, acechante de las pesadillas que avanzaban al color de la oscuridad. Cuando todos los colores eran el mismo, cuando ningún dibujo alcanzaba a contrarrestar el temor. Refiere hablando de sus tatuajes: “La nueva escuela en tatuajes tiene en cuenta a los halos de luz, los colores y los contrastes, no hacen sombreado, se hacen las sombras de otro color, como un contraste. La vieja escuela hacía sombras, era distinto”.

Un caminar pesado, entre desganado y brusco. Muestra aún los aros en las cejas. Con paciencia, uno podría ver insinuarse uno atravesando su lengua. En el ombligo una argolla y en las orejas cinco o seis, algunos de ellos directamente alfileres de gancho tal como se compran en las mercerías. Largas y gruesas cadenas adornan sus muñecas y cuello. Porta además una mochila también negra, llena de grafittis en marcador blanco, grupos de música, grupos anarquistas, la A de ellos y frases de canciones. Las remeras también muestran grafittis y dibujos, frases significativas, donde las palabras más repetidas con muerte, sepultura, libertad...

Convive aún con su padre, su abuela, un hermano mayor con el cual no se hablan durante meses. Para Sol éste resulta alguien incoherente, calculador y desinteresado por su hermana. También tiene un amigo, un novio se podría decir, se llama Pedro y ella le dice “calquito”. El aparece por épocas y así también desaparece. Existen períodos de una pasión tal que su mundo se reduce a Pedro. “Nos pegamos”. Es una ilusión que Sol gusta de mantener y esos momentos la acercan a la sensación de no requerir de nada más, sólo Pedro, la máquina para tatuar, los colores, la cerveza, el cigarrillo. Desaparecen las palabras de esta adolescente para nombrar las cosas, sólo una ambición la inunda: apropiarse del hijo proveniente de Pedro y que reduzca el dolor ante la próxima partida. Quedarse con alguien que no pudiera partir. Y ya nos encontramos con un prototipo de resolución de la tristeza, la transformación del cuerpo, por embarazos o tatuajes. Mientras tanto se “dibujan” mutuamente, se dejan los “calquitos” -no tan calquitos-, grabados en la piel hasta la próxima ocasión, se “pegan” imágenes, se pegan los nombres de cada uno en la piel del otro. Una adherencia donde nadie es, son pegotes de una pseudocercanía. Los “calquitos” tienen esa particularidad, suelen obviar lo que siente el que se lo coloca, son tan sólo adornos superficiales que no aspiran a penetrar más allá en la subjetividad ajena.

El “calquito” fue la marca de un producto muy difundido en cierta época, más o menos cuando Sol estaba naciendo, cuya utilidad era adornar los cuadernos de los chicos por medio de la copia de dibujos prefabricados. La modalidad era que debía seleccionarse el lugar donde iría el dibujo, se apoyaba el calquito y con delicadeza se raspaba el lado opuesto del papel que contenía el gráfico. Con suerte y un poco de habilidad, el resultado era que éste se trasladaba al papel y quedaba adherido definitivamente en donde se hubiera elegido. En ocasiones alguna parte quedaba borroneada, o corrida de lugar, o bien, permanecía en la hoja original del calquito. Es una palabra que también alude a copia, a calco, a tomar de otro lugar.

Supongo que Sol lo decía en sus dos acepciones, que se le pegue a alguien un pedazo copiado de la pseudosubjetividad ajena, ya que también el calquito era tan sólo eso, una imagen plana, bidimensional, sin profundidades subjetivas. De tal forma que podríamos pensar en la manera en que esta adolescente percibe, adhesivamente, pegándose y perdiendo las variaciones que sólo pueden ser captadas con una distancia de por medio.

El embarazo significaba por un lado la resolución de una tensión por la transformación del cuerpo, a la manera de una alteración interna en lugar de una acción específica (Maldavsky, 1994). Lo demás es soledad y un espacio sin rellenar como un cuento que no fue contado. La idea de tener un hijo contiene una inocencia tal, que descarta cuestiones tales como la manutención de sí misma y del bebé, o la escolaridad propia, o la vivienda; una oración que no deja traslucir el dolor por el retorno del vacío como la sortija de una calesita ineludible. Ella vislumbraba ese dolor no tanto en el futuro, como en un pasado materno vivenciado a diario y hecho carne en Sol. Refiere sesión a sesión la presencia de su madre desbordada llamándola, su palabra desaparecía frente a la voracidad de quien alguna vez tuvo como estrategia tener un hijo para calmarse: “Ella cuando está mal me llama y se pone a llorar y quiere que me quede con ella, una vez estaba enojada y me dijo que me tuvo al separarse. Yo nací y mis viejos ya se habían divorciado”. El destino de Sol es algo incierto, ella pareciera transcurrir en un mundo subterráneo, nocturno, negro, con sonidos arrasadores o silencio mortal, rodeada de suciedad.

El padre ofrece un interés que no encuentra caminos de plasmación. Se lo ve perdido en su propia soledad avanzando como un zombie por los senderos que le indicaron seguir para “poner los límites”. En realidad nunca supo de qué hablaba, tomaba literalmente las palabras como un niño que aprende qué hacer. El intento por aferrarse a un límite ficticio, imposible de sostener, acababa claudicando, dando por terminado un personaje que él mismo no había conocido nunca.

Entonces a veces llegaba a las entrevistas otro día del pactado, o bien se adelantaba o atrasaba una hora a la cita, cuando no, fallaba en la hora simplemente porque la dimensión del tiempo suponía también un límite incomprensible. Los relojes entraban en otra categoría, señalaban un espacio inaccesible. Era llamativa la expresión compungida de este hombre cuando se le señalaba el error y recordaba la película “El día de la marmota”, sólo entonces la pesadumbre daba paso a la expresión de alguien contento y se reía de la ocurrencia. Su hija mientras tanto ni siquiera contaba con un reloj propio, tampoco entendía la diferencia entre un día y otro. Tenía indicadores parciales, decía: “Si yo vine ayer, me falta un día para venir, o si vengo hoy tengo que volver en dos días, es más difícil después del fin de semana”.

El argumento del film al que hacía referencia, se basa en las vicisitudes de un personaje que amanece todos los días en el mismo día, de tal forma que nunca puede lograr que el tiempo pase, el cual se torna en circular. Esta temporalidad conforma parte de la estrategia eliminatoria de lo diferencial en esta familia, acceden a una temporalidad de tipo automático (como el personaje de la película, quien hiciera lo que hiciera amanecía

siempre igual), y finalmente logran una nivelación por lo inerte, igualados con lo no vital, vida y muerte asimilados.

También la pérdida de la dimensión del tiempo mantiene la ilusión de amanecer siempre en el mismo día, con lo cual el final se mantendría permanentemente a la misma distancia. Ya veremos cómo la problemática de la muerte adquiere nuevo sentido con respecto a los tatuajes y a la finitud comprendida en lo que se percibe.

Ahora bien, ¿quién otorga la tranquilidad del ordenamiento entre el día y la noche, entre lo que se debe y lo que no, entre los límites a las intrusiones de los otros y cada uno? ¿Qué alternativa le queda a Sol acerca de la aparición de alguien que interceda entre ella y la desolación materna? ¿Podrá ella dejarla en su soledad, cuando su existencia encierra la idea de ser sólo para acompañar a una dueña por alguien que se va? Sol podría llamarse Soledad, Sol es la poca luz para los ojos entristecidos de un despotismo extraño. ¿Cómo podría Soledad rescatarse de alguien desvalido? ¿Cómo dejar a quien pareciera no poder seguir siendo sin su “calor”? ¿Podrá algún día sentir que es algo más que el calor de otro? ¿Cómo encontrar algo bello en la mirada de quien no ve la belleza en la captación de su hija? Me referiré a este último tema en el apartado sobre conflicto estético en relación al atentado contra la temporalidad como lo diferencial, como aquello nuevo surgido de lo igual.

Elegía en ocasiones caminar por las calles a la deriva, hora tras hora. Llegaba a sus lugares a un paso lento y solitario. Si llovía se mojaba, si hacía frío o calor era exactamente igual. Sin embargo, tenía varios amigos con su mismo dolor, sufrientes, adolescentes. Las reuniones entre ellos contenían mucho del silencio de Sol. Cierta desenfreno cambiaba un clima que se tornaba demasiado denso, la oscilación se daba entre dos lenguajes, uno que buscaba la ternura y la tranquilidad, y otro que no terminaba de creerlo y desacreditaba cualquier posibilidad de salida de ese lugar. Sol decía: “La gente siempre habla de cosas superficiales, es hipócrita” (otra vez el “calquito”). Los gritos, el alcohol, y cualquier otro supuesto rescate del vacío. Finalmente, siempre se dirigía hacia otro vacío.

Lenguajes del erotismo

Se describe a sí misma como cerrada, introvertida. Solía sumirse ensimismada en una ausencia abismal, se percibía su vuelo fuera del consultorio, quedaba su cuerpo. Estos momentos aparecían cuando súbitamente se colgaba en un punto en la pared y quedaba ahí hasta que algo oficiaba de llamada y entonces sonreía, sonreía como a los locos, era la sonrisa de alguien percibiendo un peligro incoherente. Finalmente un día relató de qué se trataba: “De chica yo no jugaba mucho, a veces iba con Julia y jugábamos a las muñecas. Nos veíamos de a ratos, por épocas todos los días. Yo no jugaba con nadie. Me gustaba jugar sola, me iba a un rinconcito (señala un espacio entre el límite del diván y la pared) y me quedaba horas. Hacía personitas chiquitas con plastilina sentada en el piso (se “cuelga” mirando la pared).

Y eran tantas las situaciones en las que se metía en el rinconcito que a veces le resultaba difícil salir, eran lugares en los cuales utilizaba las paredes y el borde de la cama como caparazón protectora, quedando expuestos sólo dos flancos el frente y encima de su cabeza, lugares hacia donde dirigía su sonrisa. Así, comenta ciertos momentos de su vida: “del año pasado no me acuerdo nada. Papá se había ido de viaje y me quedé en la calle 5 días, no me dejó la llave. Mi hermano me dejó afuera porque **dijo que era tarde para abrirme. No sé si no quería que saliera.** Tenía bronca con todos, estaban remolestos en el colegio, que los tatuajes me los tenía que tapar, y me tenía que estar sacando y poniendo los aros en la puerta del colegio. Dejé todo porque estaba todo

mal”. La alusión al abrirse y al cerrarse dan cuenta de los movimientos libidinales y a su expresión en el lenguaje, si ella se abría, por ahí era tarde y ya no había quien quisiera que saliera, que invistiera la realidad. Una exterioridad, que por otra parte, Sol percibía como desestimante de su subjetividad, con pretensiones eliminatorias, quedando expulsada aún de su propio lugar. Quedaba entonces vagando por la calles, de una casa a la otra, en las plazas, sola o acompañada de personajes similares, también vagantes solitarios. La alternativa contraria, de acompañarse de amistades que tuvieran un sentir diferente acerca de su lugar en el mundo, se acompañaba de un sentimiento envidioso mudo de tal intensidad que se le tornaba violento el percibirlo. “Siempre **me cuelgo** con la gente que no conozco tanto”.

En ocasiones se refería a su vínculo con Pedro: “con él **tendría que aislar me de todos**” “papá nos iba a sacar las llaves, no quiere que Pedro venga más. El otro día yo **tenía que salir y me quedé encerrada**”.

Freud se refirió a la posibilidad de la existencia de dos lenguajes de neurosis diferentes según sendos puntos de fijación libidinal (Freud, 1913i, 1909d). En el caso analizado, vemos que, así como en ocasiones el discurso tomaba matices singulares, propios de una expresión subjetiva, en otras, tomaba preeminencia un fragmento autista, como un fenómeno espontáneo activado y desactivado de manera muy ágil.

Freud aludió también a la plasticidad de expresiones del discurso, que puede el mismo paciente encontrarse expresado en frases acordes con el erotismo intrasomático y luego, en otro momento, cobrar relevancia un lenguaje propio de las fijaciones anales primarias. En Sol encontramos tal combinatoria, lo anal primario, punto de fijación propio de las paranoias, se observa proyectado en los locos a los cuales teme: su madre, la jefa de la clínica en la que estuvo internada, su hermano, algunas de las canciones de los grupos que escuchaba daban cuenta de la injusticia padecida por su grupo.

También encontramos expresiones del lenguaje intrasomático, propio de una fijación al momento en que la libido inviste al yo real primitivo, el primer yo. Especialmente encontramos la referencia al lenguaje de órgano (Freud, 1915) cuando habla de la piel, los huesos, la sangre.

Otro lenguaje que relacionaré con el predominante en fragmentos autistas de pacientes neuróticos, se refiere especialmente a la intrusión violenta. Este resulta acorde a la ruptura de una coraza de protección antiestímulo, la desconstitución momentánea o falla constitutiva de la coraza bajo la cual se hallan protegidos los órganos sensoriales. La defensa implementada por Sol la hace estar insensibilizada al dolor o a los cambios de temperatura. Aplica una muralla rabiosa y envidiosa frente a lo diferencial (Maldavsky, 1994): “El dice que andamos **con agujas y pipetas**” “estaba todo mal con el tipo de la clínica. Era un tipo sacado, me ataron a la cama y **me inyectaron**”. En la misma línea se refiere a otros vínculos: “Mi mamá cuando está mal me llama a mí y se pone a llorar, te llama mil veces, hasta el día de hoy lo sigue haciendo. A veces me dice que me cuide y me dijo que me cuide con Pedro. De ejemplo me contó que yo soy un **forro pinchado**, yo ya lo sabía”

Si bien el “forro pinchado” alude a la duda acerca del lugar en el mundo de esta paciente, también alude a ser inyectada a la vida de forma violenta, sin espacio de contención para su llegada.

En la misma sesión hizo referencia a su primer tatuaje, parte de la misma constelación anímica: “En esa época yo andaba por la zona, era normal ver tatuajes todo el día. Empecé a estar en el local un año antes, me hice amiga de los pibes. Estaba lleno de gente todo el día. Hacía tiempo que quería hacerme una caricatura. Después me hice el de la espalda, cuando murió mi canario, Salvador. (tatuaje de una tumba con flores y el nombre del animal). Al lado no lo querían ni ver, no creo que se haya caído. Fue hace

un año y medio. Lo tiraron a la basura como si nada. La tumba es porque no lo pude enterrar. Tengo un par de tatuajes que son para tapar otras cosas que estaban mal hechas.”

Del mismo modo alude a cómo se inyectaba la madre en su vida al irrumpir sorpresivamente con situaciones imprevistas. Pareciera que Sol no podía evitar repetir esas escenas en las que quedaba inoculada como por una inyección, mientras se encuentra atada de pies y manos.

En la misma línea se encuentra la problemática de su insensibilidad al frío y al dolor. Ambas forman parte de un proyecto por desestimar lo diferencial, los cambios de temperatura, los diferentes afectos, las variaciones temporales. Todo resultaba nivelado en lo mismo como expresión de una envidia furiosa con todo lo vital, expresadas en las tensiones que generan las diferencias. Parte del “cierre” se refiere a esta apercepción de lo diferencial. Me ocupé hasta aquí del tema referido al fragmento autista. Especialmente pensando en lo que describen distintos autores como Tustin (1990) y Maldavsky (1994) respecto de la presencia de aspectos autistas en pacientes con características alexitímicas, en los cuales se evidencia una imposibilidad en la cualificación de los afectos, una desestima de lo nuevo, de lo diferencial.

Una forma particular de escritura: los tatuajes

“A veces me **encierro** a hacer algún tatuaje a un amigo, a las agujas le ponés decapante. La forma para hacerlo es que lo metés profundo abajo de la piel. No duele, a mí no me duele. Las zonas dolorosas son cerca de los huesos, adentro. Yo veo los que se tatúan a sí mismos y no les duele. Pedro me decía ‘pinchame que no siento nada’. El tiene una calavera que fue para tapar otro que tenía antes.”

Sus tatuajes planteaban una contradicción en sí misma; por un lado, atraía la mirada y por otro, ofrecía el horror angustioso que llevaba a quitar los ojos. En parte el problema se debe a la lectura que invitan a hacer, esa escritura dibujada. Una escritura no simbólica, sino visceral.

Si consideramos a los ideales que configuran las representaciones grupo, encontramos que el ideal totémico es aquel en el que el padre queda sustituido por un animal al cual se le atribuyen poderes extraordinarios (Freud, 1913). La distancia entre el tótem y el sujeto se puede hacer desaparecer cuando el sujeto se adorna con los atributos del ideal, por ejemplo su nombre tatuado en la piel. El tipo de escritura característico de esta modalidad grupal, la del clan, el grupo que comparte un espacio, como puede resultar a la tribu a la que pertenecía Sol, ciertas zonas y cierto grupo aunado por las inscripciones corporales. Esta escritura sólo designa lo genérico y prácticamente coincide con el dibujo (Gelb, 1952, citado por Maldavsky, 1993).

Resulta interesante la combinatoria de escrituras en la piel de Sol, por un lado, una escritura propia de la lógica totémica en la cual alcanzan los pictogramas, dibujos que representan frases completas, de un modo condensado. Sólo cuando el totémico cede su paso al pensamiento mítico, aparecen los nombres de los personajes que deben ser transcritos lo más fielmente posible, y al que sólo se adviene cuando la representación del objeto puede ser sustituida por la escritura de su nombre, en lugar de necesitar su presencia. (Maldavsky, 1991). Conviven dos lógicas en su escritura de piel, la totémica y la mítica. En el caso analizado, el nombre de su mascota muerta y de una pareja pueden dar lugar a la ausencia del objeto. En este sentido Freud describe a la escritura como el lenguaje del ausente (Freud, 1930a), nosotros podríamos decir, del objeto ausente y de ella misma decretada ausente frente al objeto.

Al estudiar la figuración por medio de dibujos, Pommier (1993) refiere que se trata de una forma de representación directa de una acción o aun de la descripción de una situación, inclusive la compara con las historietas. Finalmente se refiere a que la comunicación por imágenes no constituye en sí misma una escritura, ya que cada una de las acciones representadas reclamará una interpretación y entonces, tales ilustraciones no pueden prescindir del habla de quien provienen. Podemos sin embargo diferenciar en este punto una escritura más primitiva, quizás la propia de los niños cuando hacen garabatos que denominan letras, y en este punto coincidiremos con Pommier en que esta escritura requiere que le preguntemos al niño por lo que escribió. El caso en cuestión contempla esta particularidad, ofrece una imagen, una escritura a la vista e invita a la pregunta por su significado, que ella transforma en frases explicativas del mundo que rodea tal gráfico. Se constituye entonces en una condensación de escritura anímica, que requiere aún de un trabajo de descondensación para su plasmación en palabras. Si bien Pommier refiere en este punto que la imagen o el dibujo “nunca dirá nada de la represión que el habla comporta y la letra testimonia”, pienso que muchas letras y frases de Sol no atravesaron tal represión, están en un estadio previo. Antes habría que contar con las representaciones que pudieran caer bajo el efecto de tal defensa. En ella hay un encapsulamiento previo a tal despliegue de representaciones. Puede sin embargo hablar con palabras partidas de otro fragmento anímico, quizás más neurótico y sí ligado a la represión. Pero así como nos convoca a mirar, nos impide la mirada, o bien se trata de un mirar sin ver a quien nos muestra.

Sabemos que nunca estuvo en los propósitos de esta adolescente el atraer sobre sí misma la atención que sabía perdida. Nada más lejos de su realidad. Ella atraía la atención a sus decoraciones, tal como los indígenas sólo son en relación a los tatuajes que tienen, éstos les dan su status social y su existencia en esta vida y en el más allá, Sol decía existir allí en los tatuajes y promovía una desviación de la mirada ajena. Posiblemente la cuestión se complejizara cuando además la mirada del otro podía comportar una intrusión violenta de un fragmento de su psiquismo muerto. Como los teros, cantaba en un lado y guardaba su subjetividad frente a los peligros de la intrusión. Algo en ella intentaba apaciguar la mirada ajena en la detención en una imagen dada a ver (Lacan, 1964). Lo paradójico de ello es la sensación de no ser en tanto no se tengan los dibujos que nombran, los que dan existencia a un cuerpo. Lo solitario de esto es que si bien Sol estaba todo el día sometida a miradas, ninguna mirada la miraba, le daba sentido: “mamá siempre decía que yo era la que le dio calor, que era su sol, su razón para existir, por eso me puso mi nombre”. Sol existía como motivo de existencia de otro, que a su vez no podía mirarla más allá de la luz que ella le pudiera transmitir.

También nos dice que los tatuajes sirven para tapar cosas anteriores, “que estaban mal hechas”, en alusión a la corrección de ciertos tatuajes, los cuales pasan a formar parte de un nuevo dibujo. En algún sentido se refiere a lo antiestético de las imágenes mal hechas, pero en otro, lo mal hecho debe ser tapado. Se tapa lo que no le gusta del pasado, se puede hacer un presente “bien hecho” de un pasado que debe ser “tapado”. Y es cierto, una belleza dibujada en su cuerpo puede tapar la ausencia de una mirada a su cuerpo vacío... y luego escrito con calquitos, gráficos que condensan tantas cosas no dichas. Nosotros podríamos pensar que si, cuando Sol habla de tapar nos habla de represión, de desestima, de desmentida. En partes encuentro que nos habla, por un lado, de la desestima del dolor causado por la ausencia de ciertos afectos, entre ellos el dolor frente al encuentro con una belleza desbordante; por otro, la desmentida de ciertos juicios acerca de objetos por perder y los duelos aún por hacer. Sin embargo, lo “tapado” quedaba contenido en el dibujo actual de tal forma que reaparecía bajo otra forma y color, camuflado pero acechante.

La aprehensión del mundo externo y su conflicto

Meltzer describe el momento del nacimiento como aquel en que el encuentro con una belleza proveniente de la madre se materializa ante la percepción del niño. Diferencia en sus pacientes entre aquellos que reciben la aprehensión de la belleza como un don y lo acompañan con una expresión emocional, de aquellos para quienes el encuentro con esta belleza, que les resultaba central en sus vidas, se acompañaba de criterios intelectualizados y no de una respuesta emocional frente a su encuentro. Observó entonces que la experiencia del encuentro con la belleza primigenia materna, se acompañaba también de la aprehensión de su propia destrucción. Y entonces cita a Bion “el objeto presente es visto conteniendo la sombra del objeto-ausente, presente-como-perseguidor”. Lo intolerable para el bebé podría ser el no poder soportar el encuentro con ese anticipo de la ausencia, del fin. “El haya en primavera revela el esqueleto del haya en invierno” (pág. 12). Meltzer encuentra que todos los pacientes tienen un encuentro con lo bello y que el no ser conmovido por la belleza es “incompatible con la supervivencia de la mente”, sin embargo, observa que ciertos bebés se vieron empujados a cerrarse a la percepción debido a un conflicto estético, a la captación de lo transitorio de lo bello y lo insostenible de tal idea. Entonces, “la aprehensión de la belleza contiene, en su naturaleza misma, la aprehensión de la posibilidad de su destrucción” (pág. 12)

En Sol observamos un temor frente a lo envidioso proveniente desde tal objeto, que pretende arrebatarse su propia belleza y vitalidad. La caverna en la que se encierran los pacientes, a la que hace referencia Meltzer, podría metabolizarse en Sol como un encuentro con ese resplandor inicial de lo bello y el cerrar los ojos para protegerse, el huir de la aprehensión exagerada y frenar el exceso. Encerrarse en un rincón para que el impacto no sea tan fuerte, para que la captación de la futura ausencia no se precipite de golpe.

“El otro día fuimos a un debate sobre la pena de muerte. Una chica estaba a favor de la pena de muerte. Si está mal matar, no vas a matar”. El problema para la captación de aquello que estaría mal matar es que en su esencia misma contiene su fin y la lucha de Sol es una oposición infinita frente a la aprehensión de la muerte contenida en la vida y aquello que comienza. En este sentido, Rodrigo de 30 años dice: “es frustrante cuando estás haciendo algo bueno y de pronto te acordás que va a terminar. Ahí te das cuenta que todo está terminando. Uno nace y ya está muriendo. Es como cuando ves una película buena y que cuando termina, ya no sabés si es buena o mala, es todo igual”. De tal forma que nivela lo bueno y lo malo en lo igualitario en la nada.

Los verbos y sustantivos ligados al salir resultan expresión de este lenguaje, oscilación entre un cerrarse y abrirse al mundo de las percepciones. Sol encuentra en lo bello un motivo para la captación de la mirada ajena y el soslayar una intrusión más allá, soslayar la pregunta por si adentro será así de bello. Pregunta que el bebé se hace respecto del encuentro con la belleza externa materna: ¿Será también así adentro? El adentro son los pinchazos bajo la piel, un meterse a ver dentro con la agujas de la máquina de tatuar, un preguntar encubierto. El lenguaje del erotismo que acompaña esta modalidad es el intrasomático (Maldavsky, 1997). Se trata de una expresión del retraimiento activado en los ambientes percibidos como hostiles, una defensa que desinvertía la realidad y no permitía realizar inscripciones, se observaba entonces una ausencia de escritura en su memoria de los momentos vitales acompañados de un pánico terrible del cual no encontraba dónde o con quien resguardarse. Inclusive las sesiones podían tener el mismo destino, sobre todo cuando se activaba la amenaza siempre

subyacente, de ser internada (externada de su casa) en caso de no concurrir a sus sesiones.

Calquito le decía al novio, era una figura bidimensional. Respecto de la percepción tanto Liberman (1982) como Tustin (1981), se refirieron a la constitución de una figura en lo ancho y lo alto, sin profundidad. Sin embargo, Moreira (1995) y Maldavsky (1994), consideran que el objeto autista en momentos regresivos es unidimensional, constituido con un conjunto de puntos en el espacio. Es importante tener en cuenta que esta es la forma constitutiva de los tatuajes, un conjunto de puntos. En sol, sin embargo, los puntos luego de su producción llegan a una forma de unificación por la imagen dibujada, accediendo en cierta forma a una unificación de los puntos.

“mi viejo es muy cerrado, siempre habla de cosas superficiales”: Sol encontraba no sólo su propio encapsulamiento, sino que suponía en los otros una cerrazón similar. Frente a ello, la única producción posible de un contacto es de tipo bidimensional, como los calquitos que se pegan a la piel y quedan adheridos. El único problema es que éstos se van con el tiempo, se borran con los lavados y, se trata de una percepción lábil, suave, sin perdurabilidad. Sol pasaba del encierro incrédulo a la adherencia tipo calquito sin duración. Otras posibilidades más profundas de vínculo no eran posibles, o el otro estaba cerrado, o ido, o ella misma lo estaba hasta que alguien se pegaba como un calquito por un tiempo.

La producción de una relación empática con el otro supone la posibilidad de parte del niño de encontrarse frente a alguien capaz de soportar la afectividad irrupiente, alguien que se torne en receptor de aquello que el bebé proyecta y los devuelva transformado, por procesamiento interno y no superficial, en un conjunto de datos asimilables por al aparato psíquico en formación. Creo que en Sol el proceso se encontró obstaculizado por encontrarse con barreras a esa proyección, y por el contrario, recibiendo proyecciones ajenas sin encontrarse en condiciones de hacer algo con ellas. Pasó a encerrarse como método resolutorio de tal problema, y aplicó una maniobra distractiva: “miren mis dibujos, quédense en la superficie y no avancen más allá”. Quizás el avance más permitido era el de las agujas inyectadas en la piel. Lo que finalmente se constituía en una intrusión violenta sin contención, con la coraza representada en la piel atravesada y con la coraza sensible desconstituída (no sentir el dolor).

Para Sol, la realidad insumía tales peligros que en ocasiones se metía realmente en su rinconcito, y si se conectaba, era con un personaje loco al que debía sonreírle para controlar su desborde. Ella aún sonríe cuando se sienta en el diván o cuando atiende por teléfono a la madre. Inclusive relata escenas concretas de gritos, patadas y rotura de todos los muebles de la casa donde la madre adquiriría un descontrol motriz y verbal frente al cual Sol sólo se recluía en su rinconcito. En otra ocasión refirió una internación en una clínica psiquiátrica en la que fue atada a la cama y “me inyectaron”, “yo me hacía la buenita para que me soltaran, la jefa ahí estaba re-loca”.

Su vida es tatuar a otros, estar rodeada del mundo de los tatuadores, de los dibujantes de cuerpos. Importan los colores, las formas, y los delineados. Dejar marcas en los cuerpos ajenos, reencontrar sus dibujos en las pieles de otros como cuadros ambulantes, formar parte de ellos así como otra forma parte de sí misma, así como el hombre ilustrado quedó para siempre pensando en la mujer que lo tatuó, en aquella que dejó su huella, sus cuentos, sus historias grabadas sin fin.

“...El hombre ilustrado me lo dijo. Había visto el letrero al lado del camino. ¡Ilustraciones en la piel! ¡Ilustraciones, y no tatuajes! ¡Ilustraciones artísticas! Y allí había estado, toda la noche, mientras las mágicas agujas lo mordían y picaban como

avispas y abejas delicadas. A la mañana parecía un hombre que hubiese caído bajo una prensa multicolor: tenía el cuerpo brillante y cubierto de figuras...

-Cuando las imágenes empiezan a moverse, me despiden. Ocurren cosas terribles en mis ilustraciones. Cada una es un cuento. Si usted las mira atentamente unos pocos minutos, le contarán una historia. Si las mira tres horas, las narraciones serán treinta o cuarenta, y usted oirá voces, y pensamientos. Todo está aquí, en mi piel; no hay más que mirar. Pero sobre todo hay cierto lugar en mi espalda..." (Ray Bradbury, 1979). Y refiere la historia de contener en su cuerpo ese vacío de dibujo, un espacio en donde no había un dibujo determinado, sino que quien mirara en él iba viendo la sucesión de toda su vida, incluída su muerte. En ese espacio donde se representaba quien mirara nunca se veía el hombre ilustrado, creo que no sólo por la ubicación espacial, él era espejo de las historias de los otros y del futuro de otros.

La paciente se paseaba por el mundo con ese espacio oculto que en el hombre ilustrado era un blanco en su cuerpo, y que sin embargo ofrecía el lugar donde se le dibujaba a cada uno que se reflejara en él las historias de su propia vida e inclusive el futuro de quien mirara. Sol portaba ese espacio para contener lo muerto de su mascota, así como la desvitalización de los otros. Del mismo modo ofrecía un espacio para el despliegue de las historias ajenas en detrimento de las propias. Pareciera que la conquista de parte de los otros dejaba a su psiquismo sin posibilidad de constituir las propias representaciones.

De luces y de sombras

Es llamativo el paralelismo que realizan diversos pueblos con costumbres tatuadoras entre la muerte y los tatuajes. Estos se instituyen en algo perdurante luego del fallecimiento. En este sentido Frazer (1944) relata como "...las gentes del Punjab se tatúan creyendo que al morir, el alma, 'hombrecito o mujercita' dentro del mortal armazón irá íntegro al cielo, blasonado con los mismos tatuajes que adornaron su cuerpo en vida. Algunas veces, sin embargo, y como ya veremos se ha imaginado que el alma humana no tiene forma humana sino animal..." (pág. 219)

Del mismo modo, Jensen (1966) refiere que en Borneo, el tatuaje posee entre los kayan el sentido de que el difunto pueda acreditar, en el viaje al reino de los muertos, que fue en vida un buen cazador de cabezas, y que se trató de una vida completamente realizada, que es la forma en que el hombre adquiriría su esencia. Entonces, el tatuaje pasaría a ser una carta de presentación perdurable en el mundo de los muertos, da cuenta de quien fue en vida el que los porta.

Freud (1913, pág. 113) cita a Julius Pikler: "el núcleo del totemismo, la fijación de nombres, es una consecuencia de la **primitiva técnica de escritura. El carácter del tótem es también el de unos signos de escritura fácilmente figurables.** Pero al llevar los salvajes el nombre de un animal, de ahí derivaron la idea de un parentesco con este último". Y Sol se fijó el nombre de su canario muerto, como otros se pondrían unas plumas en la cabeza, o inclusive ella misma realizaba interesantes esculturas con los huesos, plumas y pelos de animales que encontraba en el campo o en la calle. Una reconstrucción totémica de sustitutos del animal, una cercanía con él por la portación de algo que le perteneció. Entonces, la diferencia entre éste y el sujeto se reduce, contiene atributos del animal totémico (Maldivsky, 1993). Es interesante la resolución del duelo como apropiación corporal del nombre, portar el nombre del ideal perdido y de esa forma no perderlo sino contenerlo. Inclusive podemos pensarlo como un paralelismo entre la resolución de su posible pérdida de pareja por la portación de un bebé "razón de mi existir". Lo llamativo es esta forma de la escritura, una técnica que inscribe en el

propio cuerpo con signos simplificados, quizás lo más complejo en Sol es que si bien figuró la tumba y la suposición del canario dentro, tal espacio portaba un nombre escrito con letras, en vez del dibujo del pájaro, que representaría una forma previa de escritura. En este sentido refiere Levy Strauss (1968): “Los tatuajes no son sólo ornamentos ni tampoco se reducen...a emblemas, marcas de nobleza y de grados en la jerarquía social; son también mensajes que llevan el sello de una finalidad espiritual y transmiten lecciones. El tatuaje maorí no sólo está destinado a grabar un diseño en la carne, sino también a imprimir en el espíritu todas las tradiciones y la filosofía de la raza. En su estudio comparativo entre los indios caduveo de Paraguay y los maorí de nueva Zelanda, estudia el desdoblamiento de la representación en los tatuajes. Al considerar un dibujo realizado por una mujer caduveo observa que la artista no se propuso dibujar una cara sino diseñar una pintura facial. Inclusive, si se observa cuidadosamente el boceto queda aclarado por qué Levy Strauss escribió eso, lo que pareciera importar en el dibujo son las líneas del tatuaje y los rasgos faciales son tan sólo indicadores de la ubicación de la pintura facial. “Debido a que el papel ‘es’ para ella una cara, le resulta imposible ‘representar’ una cara sobre el papel, al menos sin deformación. Era necesario, o bien dibujar exactamente una cara y deformar el decorado según las leyes de la perspectiva o bien respetar la individualidad del decorado y, para ello, representar la cara desdoblada...en el pensamiento indígena, el decorado es el rostro o, mejor dicho, crea el rostro...”. En la misma línea se encuentra la idea de Sol de un sentido ausente. Inclusive los dibujos no contienen la estirpe de una civilización ni sus honores. “...El decorado le confiere su ser social, su dignidad humana, su significación espiritual.” (pág. 234)... “El decorado está ‘hecho’ , pero en otro sentido el rostro está predestinado a ser decorado, porque sólo por el decorado y mediante él el rostro recibe su dignidad social y su significación mística. El decorado se concibe para el rostro, pero el rostro mismo no existe sino por el decorado. Esta es, en definitiva, la dualidad del actor y su papel, y la noción de ‘máscara’ nos proporciona la clave.(pág. 237). El de Sol es un cuerpo-cápsula traspasable, tal como referimos respecto de los pinchazos de las agujas al dibujarla. También la piel de esta joven se constituye en un papel predestinado a otra escritura que la propia. Es un cuerpo que adquiere su dimensión sólo en una escritura que trascienda los tiempos, que no envejezca, que no se borre ni muera.

Bibliografía

- Bradbury, Ray (1979) El hombre ilustrado. Ed. Minotauro.
- Croci, P.; Mayer, M. (1998) Biografía de la piel. Esbozo para una enciclopedia del tatuaje. Ed. Perfil.
- Freud, S. (1909d) “A propósito de un caso de neurosis obsesiva”. A. E. Vol. 10
 (1913) Tótem y tabú. A.E. Vol 13. Bs. As.
 (1913i) La predisposición a la neurosis obsesiva. A.E. Vol. 12
 (1915) Lo inconciente. A. E. Vol. 14. Bs. As.
 (1930^a) El malestar en la cultura. A. E. Vol 21
- Frazer, J. (1944) La rama dorada. Fondo de Cultura Económica.
- Lacan, J. (1963) La angustia. Seminario
 (1964) Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Paidós.
- Liberman, D. (1982) Del cuerpo al símbolo. Kargieman. Bs. As.
- Maldavsky, D. (1993) Judeidad: modalidades subjetivas. Nueva Visión, Buenos Aires.
 (1994) Pesadillas en vigilia. Sobre neurosis tóxicas y traumáticas, Ed. Amorrortu.
 (1997) Sobre las ciencias de la subjetividad. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires.
- Meltzer, D.; Williams, M. (1990) La aprehensión de la belleza. El papel del conflicto estético en el desarrollo, la violencia y el arte. Patia editorial. Bs. As.
- Moreira, D. (1995) Psicopatología y lenguaje en psicoanálisis. Homo Sapiens ediciones.
- Lévy-Strauss, C. (1968) Antropología estructural. EUdeBA
- Pommier, G. (1996) Nacimiento y renacimiento de la escritura. Nueva Visión. Bs. As.
- Tustin, F. (1981) Estados autísticos en los niños. Paidós.
- Jensen, E. (1966) Mito y culto entre los pueblos primitivos. Fondo de Cultura Económica.